



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA POR
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

CORONA DE LA INFANCIA

Introduccion

A LOS NIÑOS

Los niños y las flores son hermanos; vosotros, hijos míos, teneis en el alma la primavera de la vida, y ellas traen en su aroma la vida de la primavera.

Muchas veces una humilde mariposa viene á posarse en el seno de una rosa, y con su leve murmullo y con el movimiento de sus imperceptibles alas, parece que la dice algunas palabras que nosotros no entendemos.

¡Tal vez cumple un encargo



La Purísima Concepcion.

del cielo, bendiciendo allí el nombre de María, pronunciando allí el nombre de Dios.

Yo tambien quiero repetir á vuestro oído estos santos y dulcísimos nombres, porque vuestro corazón no es ménos puro que el cáliz de una azucena, y puede tambien servirle de altar.

Yo quiero, además, que vuestra alma sea tan hermosa y tan inmaculada como esas gotas de rocío que veis en las hojas de la blanca flor; quiero que en vuestro corazón aniden todas las virtudes, como brillan en el cielo y sin oscurecerse unas á otras, la luz del sol, de la

luna y de los luceros. Quiero, en fin, que seais buenos, para que los ángeles escriban vuestras acciones en el cielo, y partan con vosotros las perlas que los coronan.

Para eso os ofrezco este libro.

Pero como al tomarle en las manos, al oír que una voz amiga sale de sus hojas para dirigirse á vosotros, tal vez preguntareis: ¿quién nos habla sin conocernos? ¿quién dice que nos ama sin que le veamos nunca? ¿quién ha escrito, en fin, estos renglones? Yo voy á responderos y á satisfacer vuestra curiosidad; así os probaré que sólo deseo complaceros.

Quisiérais saber quién soy ¿es verdad?; os lo voy á decir; escuchad: ¿Teneis madre? ¿Sí? ¿Acaso la habeis perdido! pero en ese caso os habrán hablado mucho de ella; pues bien: figuraos que yo soy vuestra madre; una madre del alma que no os reñirá nunca, pero que va á enseñaros á tener en vuestros labios fervorosas oraciones para la Santísima Virgen, que es nuestra Reina; en vuestras manos, limosna para los pobres, que son nuestros hermanos; y en vuestros corazones, respeto, amor y sumision para vuestros padres, que son la imagen de Dios.

Así, pues, oidme como escucharais á la que os ha dado la vida; que yo al hablaros lo haré con la misma verdad, con la misma fe y el mismo amor con que me dirijo á los hijos que tengo á mi lado, y á los ángeles que tengo en el cielo.

I

EL DEBER DE UN NIÑO

—Dime, Luisita, amor mío, decia la señora de Lopez á su pequeña hija, mientras sentada junto á su blanca cama le ayudaba con tierna solicitud á vestirse. ¿Sabes cuál es el primer deber de las buenas niñas, cuando abren los ojos y ven la luz del nuevo día?

—¡Oh! sí, mamá, respondió la niña fijando sus dulces miradas en el rostro de su madre; nuestro primer deber es saludar á nuestros padres, pedirles la bendicion, besar su mano en muestra de amor y respeto, y darles las gracias por tantos cuidados como nos prodiga su cariño. ¿No es esto?

—Sí, tienes razon; pero ¿sabes tú quiénes son tus padres?

—¡Vaya, pues ya lo creo; usted y...

—No, hija mia; nuestro padre es Dios.

—Pero ¿y usted?

—Yo te he dado, por la voluntad del Señor, la vida del cuerpo, es verdad; la vida del cuerpo que es frágil y perecedero, y que, como un vaso de cristal, se rompe con un golpe de la enfermedad ó de la muerte. Pero Dios, hija mia, te ha dado la vida del alma, que es inmortal y eterna, y la ha redimido ademas con el precio infinito de su sangre. Ya ves que Él es tu verdadero padre, y á Él, ante todo, debes alzar el corazón y elevar tu primer pensamiento al despertarte. Todo lo que ves al abrir los ojos es obra de su santa mano. La luz que te alumbrá, el sol que te alegra, el aire que respiras y la vida que te alienta. Sea, pues, Luisa mia, todos los días tu primera palabra una fervorosa bendicion y una acción de gracias para ese Dios tan bueno: dáselas tambien porque te ha sacado de las sombras de la noche, haciendo brillar para tí una nueva aurora, y ruégale que libre nuestra alma de las tinieblas de la culpa.

II

DIOS ESTÁ EN TODAS PARTES

—Dice usted, mamá, que mi primer deber es dirigirme á Dios, y yo quiero hacerlo; pero se me ocurre una duda.

—¿Y cuál?

—Que acaso no sabré hablar á un Dios tan grande, yo que soy una niña ignorante.

—Dios, hija mia, escucha siempre nuestra voz con agrado, si al elevarla hasta Él lo hacemos con un corazón fervoroso y con una gran devocion. Ya sabes que es nuestro padre: háblale, pues, como cuando te diriges á mí, con igual amor y confianza, aunque con mayor humildad y mayor respeto.

—¿Quiere usted que le diga ahora las oraciones que he aprendido?

—Sí; pero no como una rutina, y como tu linda cotorrita repite las palabras que la enseñan, sin pararse en ellas ni saber lo que quieren decir.

—¿Pues qué he de hacer?

—Pensar que cuando rezas hablas con Dios.

—Es verdad.

—Así, pues, cuando lo hagas, has de meditar y sentir las palabras que salgan de tus labios.

—Pues qué, ¿necesito hacer más que decir sin equivocarme el Bendito y el Padre Nuestro?

—Sí, mucho más.
—¿El qué?
—Empieza tus oraciones aquí, á mi lado, y yo te enseñaré el modo de hacerlas bien.
(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

UN DIA DE LUTO Y DE RECOGIMIENTO.

(CONCLUSION.)

Reinaba el impio Antiochos (año 3838 del mundo) en los Estados de la primitiva Siria, hoy perteneciente á la region central de Asia, cuando la ilustre familia de los Macabeos, restos gloriosos del célebre pueblo israelita, se agitaba contra aquel orgulloso soberano haciendo inmensos esfuerzos y obrando prodigios de valor en defensa de la causa de Dios. El enemigo era numerosísimo, pero el valeroso caudillo Judas, digno hijo del insigne Matatías cuyo noble ejemplo se propusiera imitar, reunió el abatido espíritu de sus guerreros, y desarmando los ojos del cielo, exhortóles á cumplir fielmente la ley Santa de Dios, en cuyas manos, decía, les estaba reservado el triunfo.

El ejército de Judas, hijo, era muy reducido é inferior en número, y esperando el éxito de las batallas más que de sus braves y armas del auxilio divino, tan fieles permanecieron á la doctrina morosa, que la cumplieron hasta con exageración; pues habiendo sorprendido al enemigo á unos 300 judíos en cierta cueva cerca de Modin..... respetando el sábado que les prohibía trabajar como á nosotros en domingo, creyeron de rigor no deber defenderse para no desagradar al Señor, y en po-

der de los crueles sirios, como corderos, murieron degollados todos.

Indignose Judas con tan inhumano proceder, y mandando á sus soldados no guardar ya el sábado, mien-

tras estuvieran en campaña, porque con esta sola arma podía en tal caso extinguir Antiochos sus filas, revolvio contra el inmóvil sirio con tan nuevo como esforzado valor, y, mediante la protección divina, al fin los derrotó completamente, coronándose de envidiable gloria. El caudillo de Judá no echó en olvido la generosa sangre derramada por tan inocentes víctimas, y en conmemoracion de esta triste, si bien brillante jornada, sucedió á su victoria el voto colectivo por el bien de las almas de todos los difuntos. Ellos, pues, fueron los primeros en la práctica de tan cristiana devoción. ¿Os ha gustado?

—Mucho.

—Lo celebro.

Por lo que hace á la eleccion del día, no ha sido siempre el mismo, cosa que no creo de suma necesidad añadir; mas si os dire' que está tan extendida, que aun los ingleses, á pesar de ser protestantes, la respetan y conservan desde el siglo XIII con tanta piedad como los católicos españoles.

Claro es que cuando ofrecemos este tributo á Dios por nuestros hermanos, declaramos implícitamente que creemos en la resurreccion; vano é inútil fuera si no el orar, segun palabras del mismo Judas, capítulo 12, libro II de los Macabeos.

Hijos: el crepúsculo oculta veloz la dorado y encendido resplandores

*del rey de los astros, que á alumbrar
el otro hemisferio se encamina; el día,
por tanto, nos cierra el paso, y la noche
va á cenar en breve sobre nuestras
cabezas su tenebroso crepón: hora
es ya de retirarnos. A casa, hijos míos,
á casa; que quizá espere impaciente al-
gun padre y se os está aguardando
para empezar los acostumbrados su-
fragios de esta noche. Hasta mañana;
que descanséis.*

- Muchas gracias; V. lo pase bien.

VICENTE JIMENO BURGNET.

BELLAS ARTES

DISCÓBOLO

Dase este nombre al atleta sobresaliente en el manejo del disco, que se presentaba á disputar el premio en los juegos olímpicos. El juego del disco formaba parte en la gimnasia de los griegos, y si nos hemos de atener á la fábula el mismo Apolo, abandonó el Olimpo y su querida ciudad de Delfos para venir á Laconia á solazarse en este ejercicio con un jóven espartano, el hermoso Jacinto. Méenos hábil en este juego, enteramente nuevo, que en el lanzar flechas, hirió con su tejo á Jacinto aquel desgraciado, que cayó muerto en el acto.

Los poetas se apoderan de este asunto tan importante. Si bien Ovidio los sobrepujó á todos, Pausánias atribuye esta invencion á Perseo, hijo de Dánae, y dice que hallándose aquel príncipe en Larisa, quiso dar pruebas de su habilidad en este juego; pero no pudo mostrarse ni más diestro ni más feliz que el dios de la Luz, é hirió con su tejo á su abuelo, y de desesperacion se destruyó él mismo á la Argólida. El discóbolo iba desnudo como los demas atletas, pero algunas veces llevaba una faja ceñida á la cintura. En una medalla de Marco Aurelio se le representa con una túnica; pero puede decirse que esta es una excepcion de la regla. La posicion de los discóbolos en los

monumentos antiguos ha hecho suponer que no se trataba de alcanzar un objeto determinado con el disco. El que conseguia lanzarlo á mayor distancia era proclamado vencedor.



Discóbolo en accion.

El que está representado en esta lámina figura la accion de lanzar con violencia el disco, y por esto se le ha dado el título de *Discóbolo en accion* á esta estatua encontrada en la ciudad Adriana en Tívoli, á fines del siglo xviii. Fué adquirida por el Papa Pio VI y colocada en el Museo del Vaticano; en 1792 fué trasladada á París, pero se restituyó á Italia en 1815. El nombre del estatuario se encuentra gravado con caracteres griegos en el tronco del árbol contra el cual está apoyada la estatua; pero esta indicacion es obra de un restaurador moderno.

Al describir una estatua descubierta en la famosa ciudad Adriana, no será por de más hablar de esas célebres ruinas y del príncipe que las dió nombre. Adriano fué un príncipe notable, aunque no uno de los más grandes emperadores romanos, pero es uno de los que más se habla hoy día, y doquiera ha dejado memoria de sí. A él se deben: una

muralla célebre en la Gran Bretaña, acaso el puente de Gard; en las Galias templos; en Egipto un acueducto; una nueva ciudad en Jerusalem, y en Atenas un puente que aún existe, y muchos otros monumentos en Roma, todo prueba su gusto, su actividad y su poder. A la vez era poeta, pintor, y arquitecto; sin embargo, á pesar de todas sus bellas cualidades, hay un feo borron en su existencia, borron que la historia de las bellas artes nos ha conservado indeleble. Al subir al trono, dijo Adriano en alta voz á uno de sus enemigos: «Ya estais salvado.» Estas pa-

labras son magnánimas y la expresion sublime.

Pero no así como se perdona á la política se indulta tambien al genio. El celoso Adriano, viendo las obras maestras de Apolodoro, dijo en voz baja: «Ya estás perdido,» y el restaurador de las artes mandó quitar la vida al artista.

El Discóbolo, esta estatua, como todos los demas atletas que se ejercitan en el disco, adelanta un pié sobre el cual descansa todo su cuerpo, y va á lanzar el disco con toda fuerza, como si lo arrojase, no sólo la ma-



El altar de la Virgen.

no, sino aún todo el cuerpo. Quintiliano habla de una estatua en bronce de un discóbolo, obra de Miron, y debe creerse que es de ella una copia la de mármol de este número; pero el escultor merece los mayores elogios por haber sabido darnos con maestría la expresion de todas las partes.

La altura de la estatua es de 5 piés y 6 pulgadas.

Á MARÍA INMACULADA

Una voz compacta, unida,
hoy con gozo sin igual
te llama Reina escogida,
pues que fuiste concebida
sin pecado original.

A tu Concepcion preciosa
cánticos el mundo entona,
y España alegre, orgullosa,
á Tí, doncella dichosa,
aclama por su patrona.

Los ángeles en el cielo
te rinden adoracion;
los mortales en el suelo
con amor, con fe y anhelo
te ofrecen su corazon.

—
A tu Concepcion divina
y ante el misterio que encierra,
todo sér su frente inclina,
y á Tí, Estrella matutina,
hoy bendice cielo y tierra.

—
Tú formas nuestra ventura;
en tí está nuestra esperanza;
acepta, doncella pura,
nuestro amor, nuestra ternura,
nuestra sincera alabanza.

—
Tu poder no tiene igual;
tu bondad es infinita;
concede al pobre mortal
tu proteccion celestial
por tu Concepcion bendita.

—
Y desde el trono divino
donde Dios te ha colocado,
muéstranos el buen camino,
y sea nuestro destino
llegar un día á tu lado.

PASCASIA CHOYA.

EL ALTAR DE LA VIRGEN

CUENTO

Se acercaban las fiestas de la Virgen de Agosto que debían celebrarse en el pueblo de*** con más esplendor que nunca. La función de iglesia prometía estar brillante; la víspera al anochecer debía cantarse una Salve y la Letanía en la parroquia, después haber fuegos artificiales en la plaza, verbena en la misma, acaso baile, pues se susurraba que algunos mozos del lugar, aficionados á la música, tocarían las guitarras hasta media noche para animar á sus paisanos, y después darían serenatas á las jóvenes más hermosas de ***

A una media legua del pueblo, en un bosquecillo de viejos árboles cubiertos de verde ramaje, se elevaba un modesto altar en el que se encerraba una bella estatua representando á la Virgen María llevando al niño Jesús en sus brazos. Nadie recordaba la época en que se había descubierto

aquella estatua; sólo se sabía que desde tiempo inmemorial el día 15 de Agosto iban los habitantes de los lugares vecinos en peregrinación hasta allí, y que la Virgen les otorgaba todo lo que con gran devoción le pedían.

Las muchachas eran generalmente las encargadas de adornar el altar, y aquel año lo habían sido las de dos familias que vivían cercanas al bosquecillo. Cada una se componía de un matrimonio y una hija, siendo ambas niñas de la misma edad, circunstancia por la que, más bien que por sus gustos é inclinaciones, eran amigas inseparables.

Regina tenía diez años; era hermosa, elegante, pero altiva; sus padres, ricos labradores, no se negaban jamás á satisfacer sus caprichos, y los tres habitaban una preciosa quinta rodeada de un extenso jardín.

Aurora era sencilla, dulce, afable, menos bella, pero más simpática que su compañera, hija de humildes campesinos que vivían en una modesta casita situada en un verde prado.

Dos días antes de las fiestas se reunieron Regina y Aurora en casa de la primera.

—Veamos, dijo Regina, qué has pensado hacer para adornar el altar.

—Yo, respondió tímidamente Aurora, pienso, con ayuda de mi padre, formar un arco de ramaje que sirva de dosel á la Virgen, adornarlo todo con margaritas, amapolas y campanillas blancas ó azules, y con esas mismas flores que se trasplantan fácilmente cubrir la tierra, alfombra sobre la que podrán pasar los peregrinos. Pienso también ponerle luces, muchas luces, para que desde lejos parezcan estrellitas del cielo.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Regina se sonrió desdeñosamente, y dijo después:

—Todo eso, Aurora, no vale nada, y nuestro altar con tus flores del campo sería un altar bien pobre. No te impediré que coloques tus margaritas y tus amapolas; pero á su lado pondremos camelias, tulipanes y otras preciosas plantas que conservan con cuidado en las estufas de mi jardín. Mis flores serán más dignas de la Virgen que las tuyas.

—¿Por qué?

—Porque son más ricas.

—¿Es decir, murmuró Aurora tristemente, que siendo yo más pobre que tú, la Virgen me querrá ménos?

—No seas simple, eso no se pregunta.

—¿Qué más tienen las niñas que las flores?

—Yo no conozco la causa; lo único que puedo asegurarte es que mis flores llamarán más la atención que las tuyas, si no á la Virgen, al ménos á los hombres.

A la mañana siguiente Regina hizo llevar al bosque las plantas más raras de su jardín para colocarlas junto al altar; se pusieron por su orden una infinidad de farolitos de colores alrededor de aquél, en tanto que Aurora y su padre formaban el arco de ramaje y trasplantaban las flores silvestres que tomaban vida en la nueva tierra que ocultaba sus raíces. El arco fué también adornado con las mismas flores y el altar con una profusión de cirios.

La orgullosa Regina miraba con desden á la sencilla Aurora y exclamaba interiormente:

—¡Qué humillada se verá mañana cuando compare el efecto que producen sus dones con el que harán los míos!

Aquella noche las dos niñas se acostaron temprano y no asistieron á las fiestas que acabaron ántes de lo que todos esperaban. A eso de las diez una fuerte tormenta seguida de copiosa lluvia dispersó los alegres grupos é hizo imposible que se quemasen los fuegos artificiales. El día siguiente amaneció más sereno, si bien algunas pardas nubes empañaban el puro azul del cielo.

Regina y Aurora se dirigieron hácia el altar, y apenas se hubo acercado la primera, se quedó parada y confusa. Sus plantas tan bellas en la estufa se inclinaban lácias y marchitas; el temporal las había agostado en una noche. Los faroles se había roto ó estropeado igualmente. En cambio los cirios dados por Aurora continuaban derechos sobre el altar, y sus flores, hijas de los campos, las rojas amapolas, las blancas margaritas de corazón de oro, las azules campanillas, parecían lucir con más gala y esplendor que nunca sus bellos matices, ornando sus cálices las perlas del rocío.

Regina lloró de rabia y desesperación; quiso enviar á su casa por otras flores, pero era ya tarde; apenas se habían encendido las luces empezaron á llegar los peregrinos.

—¡Qué hermoso está el altar! exclamaban algunas mozas, ¡qué buena idea la de alfombrar el suelo de flores!

—Todo es obra de la hija de Claudio, de Aurora, decían otras.

Regina no quiso oír más; nadie se ocupaba de ella, así es que decidió alejarse. Su amiga se ofreció á acompañarla.

Por el camino encontraron al padre de Aurora, al que ésta, entristecida por el pesar de Regina, refirió lo que había pasado.

—Niñas mías, les dijo Claudio, esa es una lección que Dios os da para que juzgueis las cosas tales como son. Vosotras habeis sido las que habeis cuidado primero y elegido despues esas flores para el altar de la Virgen. Regina estaba orgullosa de su dón, Aurora desconfiaba del suyo. A la Santa Madre de Dios le agradan las flores modestas y los corazones sencillos; nada es más bello que lo que produce la naturaleza; ni las plantas ni las niñas necesitan falsos adornos para ser hermosas ni para ser buenas. De hoy en adelante no sintais orgullo por nada; dedicaos ambas á cuidar las flores, pero no desdeñeis jamas á las que nacen en el prado sin saber quién las sembró; pensad que las plantas raras y costosas sólo esparcen su aroma en los invernáculos, y que el perfume de las flores silvestres sube desde el verde prado hasta el mismo cielo: por eso son esas las flores que más ama y que más protege la Virgen María.

JULIA DE ASENSI.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 360.

- Núm. 1.—Modelo de bordado para marca.
 Núm. 2.—Continuación del alfabeto comenzado en la pág. 232.
 Núm. 3.—Escudo para bordado á litografía.
 Núms. 4, 5 y 6.—Enlace de cifras para marcas: bordado al pasado y punto de armas.
 Núms. 7 y 8.—Caprichos de bordado á litografía.

CHARADA

Mi primera es una letra;
 dos y tres madera tosca;
 no hay más que un dos repetida;
 el todo es piedra preciosa.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

